

EL ECO DE CARTAGENA

Viernes 7 de Julio de 1882.

ECOS DE MADRID.

—o—

2 de Julio de 1882.

Ni la más expeluznante de aquellas novelas que tan en boga estaban hace veinte ó treinta años es capaz de producir más emociones que las que han experimentado estos últimos días, los habitantes de la Corte. Contaré á grandes rasgos los sucesos.

El día de San Pedro, merendaba en una huerta del barrio de Chamberí, una familia de menestrales. Celebraban el santo del jefe de ella y de su único hijo, un hermoso pequeño niño de tres años. Su madre había vestido al angelito de punta en blanco, y tanto ella como su hombre se recreaban en él. La tarde transcurría alegremente, las guitarras amenizaban el tiempo, todos saltaban y bailaban.

De pronto cambia de aspecto la escena.

—¿Y el niño? pregunta el padre.

—¿Y el niño? dicen todos buscándole con la vista en distintas direcciones.

La madre de la criatura corre hacia un estanque próximo y lanza un grito desgarrador.

—¿El niño se había caído en el estanque y estaba ahogado!

—¿Guardias, guardias!

—¿Qué ocurre?

—En una casa de ahí arriba riñen dos hombres... ¡van a matarse...!

Los guardias acuden y al llegar sale un hombre le detienen, entran con él y hallan á otro espirando,

—Ese es mi matador! balbucea el moribundo.

Los dos eran amigos poco antes y unos miserables céntimos los separaban. Uno iba al cementerio y otro á la cárcel.

En la trastienda de un Almacén de comestibles de la calle Mayor, se oye una detonación. Los dueños acuden y encuentran muerto al dependiente, joven de diez y seis años que acababa de llegar de la calle.

El desgraciado se había destrozado el corazón de un pistolazo.

—¿Porque causa?

—Se ignora. Era un excelente muchacho, hijo de un médico de partido, de conducta irreprochable; y no había cometido ninguno de esos actos que avergonzando al hombre, le llevan á la desesperación.

—¿Quizás el no de alguna bella...!

Un hombre sale del portal de una casa de la cruz. Su paso es lento y

vacilante, se apoya en la pared como si temiera perder el equilibrio, y de repente cae.

—Es un borracho! dicen unos.

—No lo parecé! objetan otros.

—Le habrá dado un vaido!

—Mas bien parece muerto!

—Así dicen las personas que le rodean, y en breve el grupo es numerosa.

—¿Pues si es Angel I.º exclama uno.

—¿El que quiso ser rey en tiempo de la Revolución! añade otro.

—¿El perro Paco de aquella época exclama un tercero.

Los guardias llegan, piden una caquilla, le llevan á la casa de Socorro, y allí de lara el médico que ha muerto de una apoplejía.

—¿Infeliz! Se sabe de lo que ha muerto aquella magestad burlesca. ¿Pero como ha vivido desde que se hizo célebre? Quiso vivir de una corona y ha tenido que contentarse con vivir de gorra.

—¿Tan!

—¿Tín! tín! tín!

—¿Tocan á fuego?

—Si: una con la grande y tres con la chica.

—Es en el barrio de Bailén.

—Cerca de Palacio.

—Quizás en el Ministerio de Marina.

—O en el Senado, donde está el cuadro de Pradilla.

Las bombas se ponen en movimiento, los bomberos dejan el lacho y acuden, las autoridades llegan.

—¿Donde es el fuego? preguntan unos.

—¿Donde es el fuego? interrogan otros.

Nadie lo sabe, no se vé humo, en todo el barrio no se distingue ni el resplandor de una cerilla.

Buscan, escudriñan... y nada! ¿Será equivocación? Corren á preguntar en las iglesias: en unas tocan porque han oído tocar, en otra porque han avisado con mucha urgencia.

Al cabo de dos horas de vacilaciones y confusión, todos se retiran.

—¿Ha sido una broma? Pues ha sido pesada.

Las campanas siguen alarmando al vecindario, y como hace mucho viento se teme que el incendio sea voraz.

Entre tanto el autor de la broma, se ríe seguramente de su gracia.

En lo sucesivo, convendría para evitar tan chistosas exenas, que el que avisase quedara detenido hasta la llegada de una pareja. Si el fuego era verdad, él podía guiar á los agentes de la autoridad y si era broma le guiaban los agentes al Saladero.

—¿Escandalo mayúsculo en la Puerta del Sol! Son las tres de la madrugada, y pasa un joven descontentamente vestido.

Dos guardias le detienen, y quieren llevársela, por que está prohibi-

do andar por la calle á ciertas señoras y han presumido que la que han encontrado á deshora es de las con sabidas.

La joven resiste; los guardias la cogen del brazo, ella se deja caer, ellos la arrastran...

El público á las tres de la mañana debía ser del partido de la joven— el público repito, se pone de su parte. Unos increpan á los guardias, otros les piden que empleen mejores modos, la muger grita, los guardias tiran de ella... se cambian insultos!

Al día siguiente recorre las calles más céntricas un hombre, sin más trage que una elastica, unos calzoncillos, unas medias de color y un pañuelo ceñido á la cabeza, á guisa de turbante.

Pero lleva en la diestra un revolver, y por si está cargado, los que le ven ni á mirarle se atreven, temerosos de que dé gusto al dedo.

Al fin llama la atención de dos guardias, le siguen, caen de pronto sobre él y le sugetan.

Fofojea, la lucha por desasirse...

—Es hombre ¡es hombre! esclama.

Le llevan á una casa de socorro, allí le aplican sinapismos, y poco despues, en calzoncillos todavía, habla como una persona de [cabal]razón.

—¿El calor! dice la ciencia.

—¿Los disgustos domésticos! murmuran sus vecinos.

Un mozo de cuerda entra en una taberna, pide un vaso de vino, lo bebe y un segundo despues cae muerto como herido de un rayo.—Un joven pasa por una calle, recibe una herida mortal en el costado y ni siquiera vé huir al agresor.—Seis ó siete riñas, producen otros tantos heridos graves.—En un mismo día caen tres operarios de distintos andamios.—Se descubre un escalero. No quiero continuar. ¡Tantos sucesos! mentables en ocho días, harían pensar que era Madrid un manicomio suelto! ¡Y todo es el calor, el pícaro calor que enciende la sangre!

Estudio crítico sobre la última guerra civil, se titula un libro que ha publicado la casa editorial de San Martín. Su autor desconocido, juzga las operaciones militares y en forma culta y con gran suavidad viene á concluir que los generales en jefe no se supieron lo que tenían entre manos. El libro producirá seguramente una nueva guerra en la que harán de proyectiles la pluma y el papel.

También ha publicado el mismo editor otro libro del distinguido escritor D. José Navarrete en cuyas páginas rebosa el ingenio. Titúlase

Norte y Sur, recuerdos alegres de Vizcaya y Andalucía.

El alcalde ha mandado á los alguaciles que no permitan dormir en el pescante á los cocheros.

A cada momento los despiertan y ellos para vengarse han puesto un mote á los alguaciles.

Los llaman: moscas municipales.

JULIO NOMBELA.

MARINA.

Resoluciones tomadas por este ministerio.

Cuerpo general.—Destinos: A la fragata «Vitoria» de segundo comandante, el capitán de fragata D. Constantino Rodríguez, teniente de navío de primera D. Ramón Auñón, los tenientes de navío D. Juan Gastardoy, D. Luis Bayo y Lopez, D. José Fernandez de Córdoba D. Luis Maria Sanz y los alféreces de navío don Alberto Castañón, D. Francisco Rapallo, D. Pedro Maccaderq y D. Juan Beigbeder.

—A la escuadra de Instrucción: el teniente de navío D. Francisco Perez Cuadrado, en relevo del de igual clase D. Luis Maria Sanz y Mugica, que pasa á formar parte de la dotación de la fragata «Vitoria.»

Concesiones: Un año de residencia sin sueldo para Madrid, al teniente de navío D. Joaquín Gamez de Barreda.

Infantería.—Destinos: Profesores de las academias del segundo regimiento y segundo batallón Expedicionario, respectivamente, á los tenientes D. Guillermo Diaz del Rio, D. José Cisneros Sturiza y alférez D. Juan Gonzalez Lopez; oficial encargado del depósito de utensilios del segundo regimiento, el teniente don Domingo Lopez Sanchez, y para la vacante que éste deja en la primera compañía del segundo batallón, el de la misma clase D. Carlos Casanová Peris.

Concesiones: Dos meses de licencia para asuntos propios para Osiedo y Coruña, al capitán D. Faustino Arajujo; para que pueda presentarse en la corte, al alférez D. José Poch Dammell, y pasar la revista de Julio en la misma, á los alféreces D. Lorenzo de Buxto y Garcia y D. Manuel de la Peña.

Sanidad.—Destinos: A la fragata «Vitoria», los médicos D. Cástor Ellices y D. Francisco Herranz, los practicantes D. Juan Patiño y D. Cipriano Daporta.

Ingenieros.—Destinos: A Filipinas, el tercer maquinista D. Antonio Sanchez.

Contabilidad.—Concesiones: Dos meses de licencia por enfermo, al contador de navío D. Rodrigo San Roman y Montero.

Destinos: Al apostadero de Filipi-